

II.

Hemos recorrido rápidamente la historia del mundo antiguo para probar la unidad fundamental de todos estos movimientos sociales que se llaman revoluciones. Si esto sucede en el mundo antiguo, donde un Estado se aísla de otro Estado, y á veces una ciudad de otra ciudad; donde cada pueblo tiene la religion nacional y cada familia sus exclusivos dioses lares, imagínese qué sucederá en el mundo moderno, heredero del espíritu universal de Roma y del espíritu más universal todavía, si en la universalidad caben grados, de la religion católica. Se ve que bajo una apariencia de variedad infinita resalta una verdadera unidad política. A un tiempo entran por todas partes las avalanchas de los bárbaros; los francos en las Galias, los sajones en Inglaterra, los lombardos en Italia, los godos y los ostrogodos en España. A un tiempo casi estos varios bárbaros sienten la necesidad de una religion que discipline sus razas inquietas y las haga entrar en la comunidad hu-

mana. La religion que está más cerca de las razas individualistas que vienen del Norte es el arrianismo. Y todas lo abrazan casi á un tiempo olvidando la espada puesta de punta en el suelo, y las ceremonias mágicas, y los atanibores diabólicos, y las danzas religiosas, y los dioses, y hasta la lengua de sus padres. Pero desde el momento en que asientan su planta en la tierra firme social necesitan una religion que consagre usar la autoridad arriba, la disciplina abajo; que ate más fuertemente los vínculos entre los hombres; y Recaredo y Clodoveo reciben el agua del bautismo y se convierten á la religion católica para sustituir la Roma material que derribaban con sus lanzas por la Roma espiritual que levantaban sobre sus arenas. Así el Papa pretende ser y llega á ser el sol de la Edad media. Su sociedad de hombres débiles, desarmados, de cenobitas, de místicos, se sobrepone á la sociedad de hombres armados, fuertes, vigorosísimos, que venian de las selvas cubiertos de sangre. Los obispos forman un ejército espiritual que embota la espada de los bárbaros. El Papa se coloca á la cabeza de

esta federación. Él es por consiguiente el que dicta el derecho, el que funda la política, el que educa las muchedumbres, el que escribe el ideal de las artes, el que recoge las últimas purezas de la ciencia y el que inspira desde Roma el terror saludable que necesitan aquellos pueblos indisciplinados para pasar de las selvas á la sociedad. La ciudad de Roma le presta un grande apoyo con el poder de su autoridad y con el prestigio de sus leyendas. La ciudad de Roma desde los tiempos antiguos ha hecho penetrar en los bárbaros una idea confusa de su poder sobrenatural y divino.

Pero ¡cuán lentamente marchan las revoluciones humanas! A pesar de tener tan grande autoridad religiosa; á pesar de dirigir los espíritus en su marcha; á pesar de habitar la ciudad de los milagros; á pesar de tener su ejército inmenso de sacerdotes que han idealizado la vida, necesita tres siglos el jefe espiritual del Catolicismo para fundar su autoridad temporal en el mundo bárbaro. Así puede decirse que él restaura el imperio romano en la persona de Carlo-Magno.

Así, cuando Carlo-Magno ha llegado desde la Germania hasta España; cuando ha sometido tantas razas infieles y tantas razas rebeldes; cuando ha colocado la corona en su cabeza, pero de hinojos, ante el Papa que lo bendice, puede decirse que han llegado á su zenit las dos instituciones universales de la Edad media, el Pontificado y el Imperio.

Pero los frutos sociales como los frutos vegetales no dan su semilla sino pudriéndose, descomponiéndose en el seno de la tierra. Cuando Carlo-Magno habia creído fundar la unidad del mundo moderno para la eternidad, la vió amenazada antes de su muerte. Ya la rota de Roncesvalles debió anunciarle cuántos gérmenes de rebeldía existían en la unidad que él creía tan robusta. Desde las ventanas mismas de uno de sus palacios vió, antes de mirar en los límites del horizonte, levantando la rubia cabeza entre las olas tempestuosas del Océano, los normandos en sus barcas de cuero, gritando como si trajeran un huracán en su aliento. Era la sombra aterradora del Feudalismo que debía estrellar en mil fragmentos la corona del Imperio.

Mientras tanto, el Pontificado se consagra á educar religiosamente al mundo. Una grande exaltacion se apodera de todos los hombres, tan fáciles de embriagarse con el vino nuevo de las ideas. En un texto del Evangelio se ha encontrado que Cristo vendrá el año mil sobre las nubes del cielo, cubierto de resplandores de gloria, á juzgar á los vivos y á los muertos. La idea de los que creen que el mundo sólo puede vivir hasta el año mil despues de Cristo, se extiende por toda Europa. Un terror inmenso se apodera del hombre conforme va acercándose esta época de usura. Se cree oír ya la trompeta del ángel, y en las nubes el ruido que producen los cráneos al taladrar las piedras de los sepulcros. Se ven pasar en alas de los vientos desencadenados los cadáveres de los mundos. Se cree que el sol va á convertirse en una lluvia de cenizas para ahogar el Universo. No hay obra de este tiempo que no se halle tocada de tal terror infinito. Las esculturas bizantinas de estos momentos parecen séres abortivos engendrados en el dolor, paridos en la guerra. El planeta exhala de todas las regiones

cristianas un *Dies iræ* incesante. El diablo viene á mezclarse á la vida como un agente poderoso, y casi como un protagonista. No hay obra grande, no hay monumento notable que no le atribuya la vulgar supersticion. Se le cree ver subir en la figura de un Papa á quien su sabiduría da aspecto de brujo y hechicero, nada ménos que á presidir la Cristiandad. Todos le imaginan adelantándose á llevarse las almas que le han de tocar en suerte despues de la hora suprema del supremo juicio. En los campos de toda España se hallan las huellas de esta terrible creencia. Poco antes de morir el califato de Córdoba ha abortado este un guerrero, que parece hijo del infierno, un guerrero cuyas banderas siembran con su sombra no más la desolacion y la muerte. Cuando apenas acababan de poner el pié en la llanura los pequeños reinos cristianos, sentian ya la cimitarra sobre su cuello. Era Almanzor que llegaba donde no habian llegado ni Muza, ni Jusik. Almanzor que alcanzaba lo que no habian alcanzado nunca los Abderramahnes. El pueblo no podia creer que aquel hombre, suscitado por

la cólera divina, en el momento mismo en que iba á consumarse la ruina de la tierra y se dibujaban en las nubes las amenazas apocalípticas, que aquel hombre venido tan cerca del año mil, más cruel cuanto más se acercaba la época fatal, fuera otro que un hijo del infierno. Lucas de Tuy escribe sus historias mucho más tarde y hace constar en ellas el terror que iba unido al nombre del guerrero por las comarcas desoladas. Cuando murió, se oía un lamento del diablo que exclabama: ¡Ay! en Calatañazor Almanzor perdió el tambor.

Naturalmente, la Iglesia había de cobrar un gran predominio moral con la fuerza que le daban los terrores sociales. El rey iba á poner su naciente reino á los piés del Papa. El señor feudal cambiaba la armadura por la cogulla. El trabajador arrojaba los instrumentos de labranza y se ponía de rodillas sobre la tierra empapada con sus lágrimas. Los exvotos, las ofrendas, llenaban las iglesias. Toda literatura es un símbolo de la edad en que nace. Toda poesía es un reflejo del espíritu. Por este tiempo comenzó á nacer la le-

yenda de *Roberto el Diablo*, que tres siglos más tarde debía fijarse en el romance francés y nueve siglos despues debía inspirar uno de los más sublimes dramas líricos de que se honra la civilizacion moderna. Pues bien, nosotros vemos en esta leyenda dibujada toda la sociedad de aquel tiempo, como en mágico espejismo.

Recordémosla. Cierta duquesa que reinaba en Normandía, estaba privada de la satisfaccion inmensa de tener hijos. Su lecho estéril le daba horror como á las mujeres de los patriarcas en la Biblia. En vano se arrastraba al pié de los altares; en vano pedía en oraciones incesantes á la Virgen y á los angeles una descendencia. Mientras las pobres siervas del terruño que solo podían legar á sus hijos la marca de la servidumbre veían su matrimonio bendecido por la fecundidad, la Duquesa, que podía dejarles una corona, veía su matrimonio maldecido por la fria y horrible esterilidad. Entonces creyó que Dios había perdido el poder en la tierra é invocó al diablo. El poema del siglo décimo-tercio cuenta así esta invocacion:

Dyables, fast elle, empenés
 Proi vous que d'enfant m'assenés;
 Car pooir en avés greignour
 De Jhesu Christ nostre Seignour
 De vostre part le ruel avoir
 Soit a folie u á savoir.

Versos que traducidos literalmente quieren decir: «Diablo, dijo ella, que sufrir tanta pena, yo os ruego que me concedais un hijo, porque vos teneis más gran poder que Jesucristo, nuestro Señor; de vuestra mano quiero tenerlo, sea locura, sea sabiduría mi ruego.» Estos votos son escuchados. El diablo le da un hijo; pero el hijo es el tormento de su madre, el azote de su sociedad. Se ve en él toda la crueldad de la barbarie feudal. No hay maldad que no cometa. De niño, muerde en el pecho á su madre; más crecido apalea á su maestro; ya jóven mata á los sacerdotes que encuentra. La tonsura le da furor como al perro rabioso el agua. A los 20 años es el jefe de una banda de ladrones y asesinos. Y á medida que crece en perversidad, crece en fuer-

za, y á medida que crece en fuerza, crece en hermosura. Como el ángel caído, su padre, conserva un resto del resplandor divino de su antigua forma; él ha heredado la hermosura de su madre. Las comarcas que rodean sus castillos están desoladas. Los lobos no son tan carniceros como sus legiones. El granizo no es tan desolador como sus golpes. El rey quiere prenderlo y colgarlo de una almena. La duquesa de Normandía interviene á favor de su hijo, y pide que le armen caballero, segura de que tal honor enmendará sus faltas, pero en el torneo mismo, donde se celebra su ascension á la caballería, muestra toda su perversidad. Quiere descabezar á los que vence. De allí se va por tierras extrañas cometiendo los mismos excesos y sembrando los mismos horrores. Vuelve á la tierra de su madre, saquea un monasterio de monjas; al salir, despues de haber cometido la violacion y el asesinato, sus manos y su cara chorrean sangre. Todo el mundo le huye como á la peste. Ni siquiera un escudero tiene que le cuide su caballo. Este abandono general hiere su corazon. En el terror

de su soledad se pregunta por qué cuando quiere hacer una buena obra le tira el corazón á cometer maldad. Si es tan perverso, la culpada es su madre. Saca la espada y amenaza con matarla si en el acto no le dice por qué es tan malo y tan desventurado. Entonces su madre le cuenta que ha venido del infierno, donde todos son perversos y ha de volver al infierno. Ya la relacion le llena de terror y de vergüenza. Una súbita idea le asalta, arrancarle al infierno su presa. Arroja la espada y toma el camino de Roma. Llega á Roma y quiere confesarse con el Papa, mas no es fácil acercarse á su tribunal. El Papa canta misa en una capilla donde nadie puede entrar, pero él burla la vigilancia de los porteros, se desliza en la capilla, se arroja á los pies del Papa y le cuenta su infinita desgracia. El Santo Padre le recomienda á un hermitaño que vive en las cercanías de Roma. Este le impone una terrible penitencia para rescatarse del poder de Satanás, penitencia inspirada por una carta que ha caído del cielo. Tres son las condiciones de curacion.

- 1.^a Fingirse loco y pasearse por las calles atra-

yéndose los golpes de todo el mundo; 2.^a permanecer mudo hasta que el hermitaño le devuelva el derecho de hablar; 3.^a no comer manjar que no haya sido antes masticado por un perro. Roberto se resuelve á todo. El mundo le atormenta como él habia atormentado al mundo. Un suceso rompe la monotonía de tal penitencia. Los paganos invaden Italia. El Papa no tenia general, pero el cielo envia una armadura á Roberto y corre á pelear por la salvacion de Roma. Nadie sabe quién ha sido el salvador. Entonces lo revela una princesa muda, hija del Emperador de romanos. Aunque divulgada la fama de este prodigio, los normandos envian á buscar á Roberto, él prefiere quedarse en Roma.

Hé aquí en esta leyenda todos los caracteres de tan remotos tiempos, la supersticion, la confianza en el diablo, el poder sobrenatural de éste, los desórdenes del Feudalismo, la intervencion moral del Pontífice para castigar estos desórdenes, la entrega completa á Roma de la razon, de la palabra, de la hacienda, de la vida; en fin, la mezcla de los caracteres feudales con los caracte-

téres teocráticos. Aristóteles ha dicho: la poesía es más verdadera que la historia. Ved confirmada esta profunda sentencia por una tradición, por una leyenda, por un dicho, por un poema, por una serie de canciones que pintan el caos feudal como jamás había podido pintarlo el frío análisis de la historia.

Desde que el año mil de la Era cristiana ha llegado y la maldición milenaria no se ha cumplido, el mundo de la Edad media comienza a recobrar aliento. La bóveda de cristal que forma para su inocente ciencia todo el cielo no se ha quebrado. El silencio de los sepulcros no se ha interrumpido. No ha resonado en las alturas la trompeta del ángel. La vida es aun patrimonio de la humanidad. Si pudiéramos oír las voces de la historia como oímos las voces de la naturaleza, después del año mil asistiríamos á un bellissimo concierto; al despertamiento de la conciencia, al balbuceo de las lenguas modernas, al rugido de las nacionalidades en su cuna, al arpegio de las literaturas populares, al himno de una nueva mañana de la humanidad, tan bello, tan suave

como el himno que componen los árboles, los insectos, las aves en las primeras horas y en los primeros albores de las mañanas de la tierra. El mundo paralítico se levantará y andará. La crónica monástica se convertirá en crónica civil. El latín que las tribus germánicas han corrompido haciéndolo una lengua bárbara, la cual Virgilio y Cicerón no hubieran comprendido, se transforma en los flexibles y elegantes romances modernos. Cada pueblo se crea una iliada, cuyo Homero es todo el mundo. Las Cruzadas van á realizar la unión entre las razas y van á transmitir á la vieja encina feudal la savia de los cedros y de las palmeras del Oriente. En medio de la soledad del desierto, bajo el cielo de acero, sobre la tierra caldeada sentirán los cruzados la idea que se desprende eternamente de la uniforme y monótona soledad de las arenas; la idea de la unidad del mundo, como sus predecesores los judíos nómadas, sintieron elevarse sobre él sol único, el Dios único, Jehová. La arquitectura señalará este florecimiento del espíritu humano. En vez de aquellas iglesias bizantinas, bajas, oscuras, pesadas,

de pilares gruesos y monstruosos, de arcos romanos por su curva pero no por su grandeza, nacerán las catedrales góticas con sus agujas y sus botareles, se elevarán gallardas hazes de columnas á las alturas, y allá cerca del cielo se abrirá la ogiva para recoger la luz y reflejarla sobre el pavimento, como si el espíritu humano se creyera, por sus grandes inspiraciones y su extraordinario crecimiento, dueño de lo infinito. Hé ahí otra revelacion portentosa que llena con sus obras, verdaderamente extraordinarias, desde el siglo undécimo al siglo décimo-cuarto en un trabajo lento, pero seguro, de transformacion, que dia por dia no puede apreciarse, pero que se ve en su conjunto de una manera clara, precisa, como el crecimiento de las plantas.

Pero es necesario fijar los caractéres que tiene este movimiento y el tiempo que abraza. El carácter principalísimo es de combate entre el poder religioso y el poder real. Cada uno en la tendencia á la incondicionalidad que tiene todo sér, aspirará á un absolutismo de su derecho. El poder civil querrá hacer de Europa una autocracia.

Si el primero hubiera predominado, Europa se convierte, por un movimiento de retroceso, en Asia. Si hubiera predominado el segundo, por otro movimiento de retroceso Europa se hubiera convertido en el imperio romano. Lucharon los dos, y de su lucha resultó uno de los equilibrios más felices de la historia; porque necesitando ambos fuerzas en que apoyarse, crearon elementos nuevos, tipos raros; una riqueza de vida social muy semejante á la riqueza de la vida natural.

Sin embargo, dentro de esta misma lucha que vulgarmente se ha llamado del Sacerdocio y del Imperio, hay varios períodos con diversos caractéres. Durante el siglo undécimo el elemento religioso domina al elemento civil. Durante el siglo duodécimo y la primera mitad del siglo décimo-tercio, el elemento religioso y el elemento civil se equilibran. Durante la segunda mitad del siglo décimo-tercio y todo el siglo décimo-cuarto, el elemento civil predomina sobre el elemento religioso.

No hay lucha más larga, más porfiada, que apele á más invocaciones de ideas ni que desplie-

que más fuerzas materiales. Naturalmente, el siglo undécimo es un siglo en que el poder civil todavía es niño y en que el poder religioso conserva aquel predominio político y social que le había dado los terrores del siglo precedente.

Así es que una personalidad absorbente, asceta por su educación, monje por su oficio, batallador por su carácter, sábio por sus estudios, ambicioso, pero con la noble ambición de las ideas, llega á Papa, y poseído de su ministerio divino, especie de demi-virgen, que tiene algo de intercesor entre el Universo y Dios; en virtud de esta superioridad moral, pide el poder político; apellida á todos los poderes civiles lunas que palidecen ante el sol de su autoridad; crea ejércitos y fuerzas que envidió ese grande organizador de la fuerza llamado Napoleon; llena el siglo undécimo con su espíritu, y funda un predominio político de los elementos religiosos que durará hasta fines del siglo décimo-tercio gobernando y esclareciendo á Europa como las antiguas teocracias del Oriente.

Cuando en el patio del castillo de Canossa está Enrique IV pálido, trémulo, vestido de sayal y

de silicio, pidiendo al Papa perdon, purgando en dura penitencia sus alardes independientes, el Papa ha llegado á su zenit político y el mundo le obedecerá como la ola al viento. Durante el siglo undécimo, antes y despues del pontificado de Gregorio VII, continuará la gran tendencia de los reyes á poner su autoridad bajo el amparo de la Iglesia.

Es el siglo de la condesa Matilde, que por piedad cede al Papa una parte considerable de sus Estados. Es el siglo en que Cataluña y Aragon, oyendo al legado Hugo Cándido, cambian á sus ruegos, el rito de sus padres por el rito romano. Es el siglo en que Pedro I delante de Fraga dicta aquel testamento por el cual deja á los caballeros del Temple sus bienes, porque los caballeros del Temple son los soldados más fieles del Pontífice. Es el siglo en que la Baja Italia arroja á los musulmanes y se entrega al Papa. Es el siglo á cuyo término nace el reino de Portugal, como una leyenda caballeresca, por divisiones y herencias feudales en verdad, pero bajo la advocacion de la Virgen y el protectorado del Papa, jurando sobre